

Al día siguiente de haber escrito á Leona la carta que ya conocemos, el Conde, que, siguiendo su costumbre, se había acostado hacia las cuatro de la mañana, dormía todavía al mediodía profundamente, cuando una disputa que parecía tener lugar en la habitación inmediata á su cuarto, le despertó. Iba á llamar para preguntar la causa de aquel ruido, cuando algunas palabras que llegaron hasta él le decidieron á escuchar aún.

—¡No podéis entrar!—exclamaba una voz, que el Conde reconoció ser la de su ayuda de cámara Julián.

—Puesto que vuestro amo está, ¿qué inconveniente hay en que entre?—respondía una voz desconocida.

—Es posible, pero está durmiendo.

—No es cierto; nadie duerme al mediodía.

—Vos lo creéis así, porque os levantáis á las seis de la mañana, que es precisamente la hora en que nos acostamos aquí: cada cual tiene sus costumbres.

—Señor Julián, es absolutamente necesario que yo hable á vuestro amo.

—¿Para qué?

—Para pedirle lo que me debe.

Al oír estas palabras, el Conde comprendió el objeto de aquella matinal visita, y se ocultó aún más en su lecho.

—Ese hombre me ha descubierto ante mi honrado Julián,—se dijo.

Durante este tiempo, el criado respondía á su testarudo adversario:

—Pues bien: dejadme vuestra factura, y se la daré en cuanto se despierte.

—Ya os he dado diez veces mi factura, y, por lo visto, encendéis con ella el fuego. Vamos, señor Julián; sed un buen muchacho, y dejadme entrar: no olvidaré nunca ese servicio.

—¡Demonio! (pensó el Conde, al oír estas últimas palabras.) Si emplea tales medios de persuasión, Julián va á dejarle pasar, y creo que no haría mal en echar la llave á la habitación.

Pero las palabras siguientes le tranquilizaron.

—No turbaría el sueño de mi señor por todo el oro del mundo,—decía el ayuda de cámara con dignidad.

El Conde, sumergido en lo más profundo de su lecho, hizo la observación de que su criado tomaba unas proporciones de agradecimiento y honradez verdaderamente homéricas.

Iba á aplaudir y gritar: «¡Bravo, Julián!», cuando, reflexionando que eso sería destruir toda la obra de su fiel servidor, pudo lograr contener su admiración.

Á los pocos instantes sintió que la puerta de la habitación inmediata se cerraba y la discusión cesaba, y pensando que ya se había marchado su porfiado acreedor, llamó:

—¿Pero pensáis dejarme dormir en paz algún día? En cuanto el sol aparece; me despertáis. ¿Con quién discutíais en ese cuarto de al lado?

—Con el maestro de coches del señor.

—¿Qué me quería?

—Quería que se le pagase su cuenta.

—¿Y á cuánto asciende?

—Á seiscientos cuarenta francos.

—¡Vaya una miseria!

—Una miseria,—respondió Julián, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo te has desembarazado de él?

—Pues asegurándole que era imposible que

el señor Conde le recibiera, porque estaba con una....

—Julián, no te he autorizado para que te tomes esas confianzas; quiero conservar íntegra mi reputación de moralidad.

—¡Hasta ante un maestro de coches!—dijo irónicamente Julián.

—Puesto que es cosa decidida que yo no he de poder dormir, abre las maderas con cuidado, con objeto de que no me incómode la luz si hay sol.... Bien, ya está bien; ahora dame las cartas que han llegado esta mañana, y ve á prepararme el almuerzo.

—¡Que estúpida invención la del correo! (dijo el conde de Orchamps en cuanto se quedó solo.) Ved aquí tres cartas que tengo obligación de leer para tranquilizar mi conciencia, y, sin embargo, ¿á que ninguna trae una buena noticia?... Leamos primero esta.... Parece, por su ortografía y papel, que la ha escrito un soldado. Vamos á ver lo que dice:

«Señor Conde: Habíamos convenido que me pagaríais vuestra cuenta cuando os casáseis....»

—Efectivamente, es verdad; pero como no me he casado....

«El comercio va tan mal....»

—¡Que el comercio va mal!.... ¡Y no se mete en la cárcel á las personas que tienen atrevimiento para decir tales cosas!

«Que me veo obligado á presentaros mi factura, porque, por lo visto, habéis pensado permanecer soltero siempre.»

—¡Demonio! ¡Pues no quiere este sastre obligarme á que me case y á que sea padre de familia! ¡Al diablo se le ocurre! Pero, en fin, que me encuentre una mujer con algunos millones de dote, y me caso inmediatamente. Leamos otra carta.

«Querido amigo: Con estas son tres las cartas que os he escrito pidiéndoos el dinero que por mi desgracia os presté. Empiezo á perder la paciencia, y....»

—¡Perfectamente; ved aquí á un amigo que, bajo el pretexto de que le debo doscientos lúses, se insolenta. ¡Todos son iguales á éste! ¡Y los poetas han hecho poesías á la amistad! Si tú pierdes tu paciencia, querido mío, yo, en cambio, he perdido al baccarat mi último lúf. Estamos en paz.

Y tirando aquella carta, tomó una tercera.

—¡Ah! (exclamó.) Esta es de una mujer. Veamos si me entretiene más que las otras.

«Querido mío.»

—¡Qué dulce es! ¡Qué gusto da leer esto!

«Hace una semana que no te veo. ¡Eres ingrato, al olvidar á una mujer que tanto te ama!»

—Verdaderamente, tiene estilo esta muchacha,—dijo Orchamps, interrumpiéndose.

«¿No recuerdas, desagradecido, la última noche que pasamos juntos?»

—¡Oh! No, estad tranquila; no la he olvidado; me costó demasiado cara; pero, al fin, al menos ésta no pide dinero.

«Te espero hoy, y ya sabes que de nadie será más que tuya, tu

»ADELA.»

—¡Es encantadora esta muchacha!... Pero tiene una posdata la carta. Veamos lo que dice.

«Si puedes traerme veinticinco luises cuando vengas, te lo agradeceré mucho. Estamos hoy á 15, y ya sabes que los caseros son implacables.»

—¡Desgraciada! (exclamó Orchamps, con un tono tragi-cómico.) ¡Me has arrebatado mis últimas ilusiones!

En aquel momento Julián entró con una bandeja que despedía un gratísimo olor. La vista de aquella bandeja y el olor que despedía consolaron el destrozado corazón de Orchamps, y le hicieron arrojar sobre su criado una tierna y reconocida mirada. Después, cómo le viera colocar sobre una mesita próxima al fuego todas las cosas que había traído, exclamó:

—Tu almuerzo es espléndido. ¿Dónde has ido á buscarle?

—Á casa de Tortoni, señor Conde.

—¿Lo has tomado prestado?

—El señor sabe que no podía tomarlo de otra manera,—observó Julián.

—No te preguntaba tanto.

Y el Conde, arrojando lejos de sí todos aquellos desagradables pensamientos, echó al fuego sus indiscretas cartas, y atacó briosamente al almuerzo que le habían servido.

Mientras tanto, Julián había ido por una caja de excelentes cigarros, y, presentándola á su amo, se retiró para dejarle gozar los placeres de una buena digestión y de un *dolce farniente*.

Todo esto indica la buena vida que el Conde se daba, pareciendo á primera vista un hombre de elevada posición. Sin embargo, después de haber almorzado bien, parecía natural que aquel hombre tan despreocupado se hubiera sumergido en una agradable somnolencia, no pensando más que en cosas agradables, ó, lo que es aún mejor, no pensando en nada; pero, por el contrario, su frente se nubló y pareció quedar bajo el peso de tristes ideas. En efecto: se decía que una vida como la suya no es posible sino con una buena renta ó medio seguro de proporcionarse dinero. Es verdaderamente una locura empeñarse en tenerla, cuando por todo recurso se cuenta con las ganancias inciertas del juego. Las cartas (recientes pérdidas se lo habían hecho comprender) favorecen rara vez á aquellos que

buscan en ellas sus medios de existencia, reservando su sonrisa generalmente, para los ricos indiferentes por la pérdida ó la ganancia, pareciéndose en esto á las mujeres, que prefieren entregarse á hombres reputados por muy conquistadores que desdeñan sus bellezas, con preferencia á otros pobres infelices, ávidos de un poco de amor. En fin, jugar con el sólo objeto de ganar con que vivir al día siguiente, es un oficio de los más inciertos y fatigosos.

Después, como si estas reflexiones trajesen á su memoria resoluciones morales, se vistió para ir á casa del que generalmente le daba dinero, con objeto de procurarse algunos luíses indispensables para probar fortuna en el baile de Palmira, en que creía se jugaría de una manera infernal.

XII.

Hacia las cuatro de la tarde, el Conde estaba en una elegante habitación, en donde uno de esos usureros de nuestros días, que en nada se parecen á los de otro tiempo, llamado Dionis, fué á encontrarle inmediatamente.

—Esperaba vuestra visita, señor Conde (dijo Dionis). ¿Sin duda venís á arreglar vuestra cuentecita?

—¿Qué cuentecita?—preguntó Orchamps.

—Aquella cuyo plazo vence mañana.

—¿Pero tengo que pagar una cuenta que vence mañana?

—Sí, señor Conde; de diez mil francos. ¿No lo sabíais?

—No, no sabía semejante cosa.

—¿No estáis en disposición de pagarme?

—¡Ya lo creo que no estoy en disposición!

—¡Esto es horrible!

—¿Y á quién se lo decís?

—La persona que me ha dejado este dinero, no querrá atender á razones,—añadió el usurero,

—Pues qué, ¿no tenéis poder sobre ella?

—No; os aseguro, y la conozco muy bien, que no tendrá compasión, y os perseguirá sin clemencia.

—¡Oh!—dijo Orchamps con mucha calma.

—Venderá vuestro mobiliario.

—¿De veras? ¡Pues sería gracioso!

—Pensad en las pérdidas materiales y morales que os va á acarrear, y, por vuestro bien, os aconsejo que paguéis.

—¡Pagar! ¡Pagar! Os encuentro divino, y no querría más que poderlo hacer, porque sería señal de que tenía dinero; pero, por desgracia, os desafío á que encontréis un luis en mis bolsillos.

—¿Queréis burlaros?

—¿Pero creéis que haya nadie que pueda burlarse de cosas tan graves?

—¿Esperáis dinero?

—No espero nada. Estoy arruinado.

—¿Desde cuándo?

—Mucho antes de tener el honor de conoceros.

—¡Entonces, me habéis robado!—exclamó Dionis, mirando al Conde á la cara.

—Tened cuidado con vuestras palabras,—dijo tranquilamente Orchamps. Habéis dicho: «Me habéis robado». Esto parecería indicar que este asunto lo habíais hecho por vuestra cuenta, y vos sabéis que no es así.

—Sin duda alguna....; pero como soy el que os lo he dado....

—Sabrán que yo no os puedo pagar (continuó Orchamps). Querido señor: si yo hubiera tenido seguridad de pagar al vencimiento, hubiera sido señal de que mi fortuna estaba perfectamente colocada, y en ese caso me hubiera dirigido á un banquero más serio que vos, pues ya sabéis que cuando se contrae un empréstito, se cuenta siempre con una fortuna más ó menos lejana ó dudosa, y no se apercibe uno hasta más tarde de que se ha equivocado, y de que no puede pagar.

—¿Es decir que vos no pagaréis ni hoy ni más tarde?

—Tengo ese temor.

—La venta de vuestro mobiliario nos indemnizará en parte.

—¡Qué tontería! No os hagáis ilusiones....: pertenece á mi tapicero, por una escritura muy en regla anterior á la vuestra.

—¡Pues vamos mejorando! Está bien, perfectamente. Y.... ¿queréis decirme entonces á qué debo el honor de vuestra visita?

—Con mucho gusto, caballero. He venido con

la intención de pedirlos prestados cien lúses.

—¡Magnífico! (exclamó Dionis sorprendido.)

¿Y tenéis la bondad de decirme, si gustáis, para qué los queréis?

—Para jugar esta noche misma, ganar, y pagarlos. ¿Qué decís de eso?

—Señor Conde (replicó Dionis): desde que habéis entrado, no habéis hecho más que burlaros de mí. Si eso os divierte, no me ofende, y podéis hacerlo; pero.... ¿creéis de buena fe que, después de lo que acabáis de confesarme, voy á estar dispuesto á exponerme á perder dos mil francos?

—¿Preferís perder con seguridad diez mil?

—Triste cosa es; pero nadie me asegura que ganaréis y me pagaréis.

—Os lo aseguro yo. Un jugador adivina, presente, sabedlo bien, el día que va á ganar. Y ahora que estoy en el camino de las confianzas, voy á haceros una, que tal vez os inspire confianza. He sido rico; pero me he gastado mi fortuna. Después, solo las cartas han podido permitirme seguir teniendo la agradable y desahogada vida que hago en sociedad. Tengo mi cuartito, mi criado, mis caballos, queridas de todos los matices; pero desde hace cuatro meses, no gano, y pierdo siempre: esto es lo que me ha obligado á pedirlos los diez mil francos que tuvisteis la bondad de prestarme, engañado sin

duda por mi lujo; esa pérdida constante es también la que me ha impedido devolvéroslos hoy; pero esto no puede durar: después de la desgracia viene la fortuna; después de la pérdida, la ganancia; y estoy seguro que el momento de la reacción ha llegado. ¿Quién me asegura esto? Mil indicios que no comprenderéis, á menos que no seáis jugador; pero para ganar, es preciso tener dinero que poner sobre el tapete, y es necesario tener lo bastante para esperar la llegada del momento oportuno. Por esto es por lo que os pido dos mil francos, ¿habéis entendido bien?

—Si es así, si estáis seguro de ganar (dijo Dionis), procuraré encontraros esa suma.... Ya veré....

—¡Oh! Gracias, mil gracias por vuestras amabilidades para conmigo; pero necesito hoy mismo ese dinero.

—Pues entonces es imposible.

—¿Es esa vuestra última palabra?

—Sí, á no ser que me ofrezcáis alguna garantía.

—Tengo una gran cantidad de papeletas del Monte de Piedad. Son las de mis alhajas.... Las he empeñado unas después de otras durante estos cuatro meses para pagar mis deudas de juego; ¡y luego dirán que los jugadores no somos honrados!

— Me guardaré muy bien de decirlo (replicó Dionis): sólo que entre ellos hay algunos....

Y mientras, examinaba atentamente un grueso paquete de papeletas del Monte que le había entregado Orchamps.

— En fin (dijo, complacido de este examen); puesto que tanta falta os hacen, consiento daros esa cantidad, para que me quedéis agradecido; pero los dos mil francos que me pedís no me pertenecen.

— Eso ya se sabe, — dijo el Conde con voz burlesca.

— Me han sido confiados por un cliente que desea que le produzcan quinientos francos en tres meses.

— Está bien: voy á hacer os un recibo de dos mil quinientos francos, pagadero á tres meses fecha; dadme papel y tintero.

Orchamps escribió, y tendió la mano para recoger el dinero.

— ¿Pero qué me dáis de comisión? — dijo Dionis sin abandonar sus billetes.

— ¿Queréis más todavía? Terminemos. En lugar de darme dos mil francos, dadme mil novecientos.

— Aquí están.

Y esta vez el Conde recibió varios billetes, que se apresuró á introducir en su bolsillo. Cuan-

do se levantó para retirarse, Dionis le alargó un nuevo papel.

— ¿Qué es esto? — preguntó Orchamps.

— La factura; os ruego que la llenéis, para que todo esté en regla: es una simple formalidad. De esa manera, si alguno quisiera llevarme ante los tribunales por usura, no lo digo por vos, presento esta factura de su letra, y se ven en la precisión de afirmar que todo ha pasado legalmente entre nosotros, teniendo que retirar su demanda.

La factura estaba concebida en estos términos:

«Suma recibida.....	2,444
»Interés del 5 por 100 al año durante tres meses.....	31
»Comisión.....	25
	<hr/>
»Total.....	2,500»

El Conde firmó, tomó su sombrero, y salió seguido por Dionis, que le acompañó hasta la puerta.